

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepti referimus qui tam strenue religionis, et justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias, 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el extranjero, 70 rs.—En Ultramar, 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Sasa, vedra, 55, rue Taitbout.—No se devuelve ningún manuscrito.

VINDICACION DE ESPAÑA.

Señor director de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID y Febrero 15 de 1872.—Muy señor mío y de mi distinguido aprecio: Hace cinco días que he dirigido al señor redactor de *L'Univers* de París una carta cuyo objeto verá Vd. por su lectura, y es como sigue:

«Señor redactor de *L'Univers* de París.

«MADRID, 10 de Febrero de 1872.—Acabo de leer en su apreciable periódico del 8 del presente mes una carta que el señor Abate Michaud ha dirigido al ilmo. señor Arzobispo de París, en la cual, entre otras cosas, bien tristes por cierto, le dice lo que sigue: «Sin hablar de los Sacerdotes y de los fieles que en Hungría, en Bohemia, en toda la Austria, en Baviera, en Silisia, en Wurtemberg y en el restante de Alemania prefieren incurrir en la excomunicación que V. S. I. fulmine, y llevar la nota que se les da de herejes, a prevaricar, ¿no hay en España Sacerdotes, en Italia, y en España Sacerdotes y fieles numerosos que tienen presente que, según lo han dicho Obispos eminentes, no ha habido en el Vaticano disquisiciones serias y verdaderas?»

«Mas abajo, y antes de concluir su carta, el mismo Abate Michaud al Prelado y a todos que ha organizado y establecido en su propia casa del baluarte de Neuilly, número 72, una junta central de acción, la cual está en relación con las demás fundadas en Rusia, en Alemania, en Inglaterra, en Italia y en España.

«No he podido leer esta carta, señor redactor, sin decidirme en el acto a reclamar y protestar contra estas afirmaciones del Abate Michaud, en lo que dice respecto de España, de su Clero y de sus fieles; porque todo eso es un insulto, una calumnia insignificante y una injuria gratuita, que el señor Michaud infiere a la catolicidad, a la verdad y a los sentimientos religiosos de este pueblo, el cual, a pesar de los esfuerzos oficiales que se están haciendo desde muy atrás, y en especial desde hace tres años y medio, es hoy día tan católico como antes, y aun me atrevo a decirlo, es todavía *eligen en la fe*.

«Y por cierto, bien pudiera suceder lo contrario; porque todos sabemos, y nadie debe ignorarlo, que las sociedades bíblicas de Nueva-York, de Londres, de Berlín y de Suiza, no cesan de enviarnos ministros protestantes provistos de dinero en abundancia, con el fin de comprar alas en las clases proletarias, y llevarlas a las llamadas capillas, que han originado bajo la protección del Gobierno. Sin embargo, también es verdad, y puedo decirlo en alta voz y con el corazón lleno de gozo, que estos ministros con tanto dinero no consiguen nada, y que aun ellos mismos abandonan el protestantismo; pues no hace un mes, que cuatro de ellos han abjurado públicamente sus errores y su apostasía, y de aquí a pocos días, con la gracia de Dios, harán lo mismo uno veinte más.

«Y lo diré de nuevo, bien pudiera acontecer lo contrario; porque, bien lo sabe Vd., señor redactor, y nadie ignora lo que está pasando en este país malaventurado. Cuando los Obispos regresaban del Concilio Vaticano a sus respectivas Diócesis, eran recibidos por todas partes en triunfo: en Francia, en Bélgica, en la Dalmacia, en Inglaterra y en los Estados Unidos, se hacían procesiones numerosísimas de fieles para recibir a sus Prelados, se levantaban arcos de triunfo compuestos de verde follaje y de flores, había iluminaciones y fiestas, y todos corrían a porfía para recibir a los sucesores de los Apóstoles. Los pueblos harían todo esto para rendir un testimonio público de su fe católica, y manifestar la alegría que estaban poseídos, porque en el Concilio Vaticano, habían estrechado los Padres la cabeza de la serpiente, que desde hacía cuatro siglos, estaba trabajando para oprimir al Vicario de Cristo, disputándole lo que el mismo Cristo le había dado, el magisterio infalible en la enseñanza de la fe y de la doctrina y las reglas de costumbres. Pues bien, en España sucedió todo lo contrario.

«Los Obispos españoles reunidos en Roma habían manifestado públicamente al Gobierno de la nación que no podían jurar la Constitución según lo quería éste, porque la tenían por atea en el fondo, porque era contraria a las leyes fundamentales de la monarquía, la cual jamás había admitido más religión que la católica, y porque el juramento de los Obispos sería el mayor escándalo que pudiera darse a los fieles, a todo el pueblo. Al regresar, por lo tanto, a su patria, venían bajo la presión de una persecución muy probable y muy próxima; volvieron del Concilio y muchos entraron en sus diócesis, casi como a hurtadillas; en España no hubo procesiones, ni iluminaciones; y diré todavía más, refiriendo lo que sucedió a un Obispo al entrar en su ciudad episcopal: pues cuando se encontraba en su casa, rodeado del Cabildo, y de muchos fieles de la nobleza que habían ido a felicitarlo por su feliz regreso, los agentes de policía entraron en ella para confiscar sus muebles y su coche porque no había pagado la contribución personal que se exige a los Obispos y Sacerdotes, no obstante que desde hace dos años no se les paga sus rentas.

«Favorable era la ocasión por cierto para los Sacerdotes y fieles que quisiesen rebelarse contra los Obispos: sin embargo, ¿dónde están estos fieles y esos Sacerdotes, que han formado juntas o que hayan pronunciado una sola palabra contra los Obispos, contra el Concilio o contra la Constitución dogmática *Pastor aeternus* sobre la infalibilidad? Yo no lo hallo en otra parte, sino en la cabeza del Abate Michaud, pues en España no existen.

«Muy al contrario, y yo puedo hablar sin temor de ser desmentido; pues encontrándose en Madrid en calidad de senador, hace ya nueve meses, tengo motivos para saber cuál es la adhesión de los Sacerdotes a sus respectivos Obispos. Estos no han querido jurar la Constitución, y ha bastado eso para que la hayan jurado aquellos, a pesar de las privaciones de toda especie a que los ha reducido el Gobierno, negándole la percepción de sus asignaciones. Verdad es que hay algunos que han jurado, y yo no quiero examinar las razones que han tenido para hacerlo; pero estos hechos son aislados y no prueban nada: treinta o cuarenta entre veinte mil es una gota de agua en el Océano.

«No debo hablar sobre los Obispos de España en lo que se refiere al Concilio: todos saben lo ocurrido en el Vaticano, y nadie ignora que, no solo los Obispos de España, sino además todos los que hablan la lengua de Cervantes, han tenido la más sorprendente unanimidad en sostener la infalibilidad del Vicario de Jesucristo, cuando

en calidad de Doctor y Pastor universal, enseña a toda la Iglesia la fe, el dogma y la doctrina de las costumbres. Y ¿qué prueba esto? Esto prueba que la España profesa unánimemente esta doctrina, cuando en el Concilio de Constanza se pretendió introducir una novedad en la doctrina que la Iglesia católica profesaba también desde el principio del Cristianismo, siempre tácita, y no pocas veces, expresamente. Porque, sesenta años después, la España llevó sus leyes, sus costumbres y su teología a las Américas, y se enseñaron en Méjico, en el Perú y por todas partes las mismas doctrinas que se enseñaban en Salamanca, en Alcalá, en Sevilla y en las demás Universidades de España. Así ha sucedido que cuantos Obispos hablaban español han manifestado unánimemente en el Concilio Vaticano, que esa doctrina era su fe, y la de todos sus fieles, y la de todas sus Iglesias.

«Bien podía saber esto el Abate Michaud, pues durante el período de los dos meses largos que duró la discusión sobre esta materia en el Concilio, los diarios católicos estuvieron dando noticias ciertas de cuanto ocurría en él, y aun los no católicos las daban, aunque con su charlatanismo las falseaban; pero con la veracidad de unos y las falsas de otros, la Europa entera sabía que reinaba entre los Obispos españoles la unanimidad más completa sobre esta doctrina. Y puesto que se presenta esta ocasión, yo diré al Sr. Michaud y a todo el que quiera saber la verdad de las cosas, que hay en ese asunto una particularidad que quizás él ignora, pero que me consta a mí como testigo ocular, así como consta a todos los Obispos que asistieron al Concilio, pues todos pudieron verla.

«Los Obispos españoles tuvieron varias reuniones para tratar sobre puntos de disciplina, y sobre todo, para deliberar juntos en el asunto de juramento de la Constitución, desosos siempre de estar perfectamente de acuerdo en este punto; pero no pensaron jamás en ponerse de acuerdo sobre la cuestión de la infalibilidad del Sumo Pontífice. Habían aprendido todos la misma doctrina en las escuelas y en las universidades; la habían heredado de los padres antiguos de España, y permanecían firmes en esta creencia; y cuando hablaban en el Concilio, podía decirse de ellos lo que afirma un Santo Padre al tratar de la relación natural que hay entre el pensamiento y la palabra: «lo que se expresa en el exterior, es la abundancia de lo que se tiene en el corazón.» Y yo puedo añadir que cuando se discutía esta doctrina en el Concilio, vinieron un día a visitarme dos señores obispos, que por cierto no eran españoles, quienes me dijeron que, puesto que los adversarios de la infalibilidad se reunían para ponerse de acuerdo sobre el modo de atacarla, convendría que nosotros nos reuniéramos también con el objeto contrario; y yo dije a aquellos Hermanos venerabilísimos que nada de esto era necesario, porque siendo la verdad esencialmente una, produce también esencialmente la unidad perfecta.

«De dónde sabían por tanto el Abate Michaud que hay, o que ha habido en España Sacerdotes y fieles que hayan disendido de la doctrina de sus Obispos en lo más mínimo, y que no hayan creído firme y razonablemente la decisión del Concilio Vaticano? No, y mil veces no; en España no hay un solo Sacerdote que hasta esta hora haya dicho una palabra contra el dogma antiguo, tan antiguo como la Iglesia, de la infalibilidad.

«No negamos que quizás habrá alguna junta compuesta de algunos Sacerdotes y de algunos españoles, la cual se ponga en relación con la central del baluarte de Neuilly; y por cierto que dará esto mucho honor a M. Michaud; porque hay en España cuatro o cinco Sacerdotes, y esto en toda la España, quienes han renovado aquellas escenas, de las cuales se burlaba alegrementemente el célebre Erasmo, hace ya tres siglos, al hablar de los reformadores de su tiempo, los cuales, decía él, empujaban la reforma por casarse; quizás estos desgraciados formarán su junta, asociando a ella dos o tres doctores de esos españoles que vivían dispersos en Inglaterra, en Suiza y en los Estados Unidos; quienes, venidos aquí trayendo nombramiento de Obispos y de Diáconos, expedidos por los presidentes de las sociedades bíblicas de Londres y de Nueva-York, o por los Evangelistas de Berlín.

«Pero, ¿hay acaso un solo español, aunque sea un campesino sin letras y sin educación, que no se burle de esos Obispos de levita que van acompañados de mujer e hijos? ¿Hay uno sólo que no se ria a las claras de esos diáconos de la misma estofa? Sépalo, pues, M. Michaud, y entienda que podrá suceder que esos Sacerdotes desgraciados y apostatas puedan decir más adelante alguna palabra contra el dogma de la infalibilidad; pero que cuando uno se pone voluntariamente en la pendiente del abismo, cae fácilmente en su última profundidad; pero sepa también, que hasta ahora ningún Sacerdote, ni aun de los que han caído más en las miserias de la carne, que a lo menos en público, el dogma de la infalibilidad. La España es hoy día *en su Dios, en su fe y en su bautismo*; y lo es, a pesar de la Constitución atea, y de los esfuerzos de los protestantes, a quienes la revolución favorece actualmente mucho más que a la religión católica, contra la cual sigue la persecución.

«A mí no me pertenece, señor redactor, vindicar la injuria que el Abate Michaud infiere a los venerables Obispos del orbe, y en especial a los de Francia; porque hay en esa nación tantos Obispos sabios, cuantas son las sillas episcopales que tiene, y hay muchísimos delante de los cuales yo soy bien poca cosa. Sin embargo, me atrevo a decir todavía sobre esto dos palabras a V. S. Michaud: ¿No sabe ese Sacerdote, que se da a sí mismo el nombre de *verdadero católico, verdadero liberal y verdadero conservador*, que la doctrina contraria a la infalibilidad no fue jamás en Francia sino la doctrina del cesarismo? ¿No conoce el rasgo histórico, del cual nadie puede dudar hoy día, por estar apoyado en documentos irrefragables, que nos enseña que, cuando Luis XIV quiso que se publicasen las cuatro proposiciones famosas, tuvo que buscar Obispos al otro lado de los montes, que fue necesario expedir reales órdenes para reunirlos, y que sólo asistieron treinta, y que fueron, más por fuerza que de grado? ¿No sabe que entonces había en Francia ciento sesenta Obispos, quienes no consintieron en esas doctrinas, pues hasta los mismos que asistieron a la declaración las condenaron poco tiempo después?

«Invitamos al Abate Michaud a que lea las actas del Concilio de Francfort, donde verá cuáles eran entonces la doctrina de la Iglesia de Francia en este punto, así como a que lea la Colección

de Argentré, en la cual consta que el ministro Colbert se vio obligado a expedir 17 reales decretos para conseguir que se reuniese la Asamblea de 1682; y por fin, le invitamos a que lea la Historia general de la Iglesia por Lleren, en la cual encontrará el *Senado consulto* del César más despectivo que han tenido la Francia y la Europa, Napoleón I, que ordenaba que en adelante el Papa elegido nuevamente prestara juramento de no condenar jamás el galicanismo, disponiendo además que en lo sucesivo se enseñase en todas las diócesis la doctrina contraria a los derechos de la Santa Sede, y a las prerogativas de su magisterio. Sepa, pues, el Abate Michaud, y lo repetiremos, que la doctrina que atribuye a Obispos eminentes, no era la doctrina de la Iglesia venerable y gloriosa de Francia, sino la del Poder temporal, que quería gobernar la Iglesia y sujetar a sus caprichos a los Obispos y hasta a los Papas. Era esto un verdadero Cesarismo, y el Cesarismo al cual no dudo atribuir todos los males que han sobrevenido a Francia y a España, desde que empezaron estos tristes tiempos, en los cuales nos encontramos.

«Puede también recorrer el Abate Michaud la historia de los Concilios, y verá en ella que, siempre que se discutía sobre algún dogma atacado por los herejes, sucedía lo mismo que ha tenido lugar al celebrarse el Concilio Vaticano: los nombres de Constanza, de Zenón, de Anastasio y de otros emperadores que eran favorecidos de los herejes, se confundían con los de los mismos herejes, y con los de algunos Obispos inficionados de herejía. Esto pasó en Nicea, en Constantinopla, en Efezo y en Calcedonia y en otras partes, así como ha ocurrido en el Concilio Vaticano.

«Un día se nos decía que la Francia napoleónica preparaba notas: otro, que el ministro Martos de España fulminaba amenazas contra las resoluciones futuras. Todo eso no era más que ruido y confusión, que los diarios malos de Francia, Alemania y Suiza hacían contra el decreto probable sobre la infalibilidad del Sumo Pontífice, y así estuvimos hasta que Dios permitió que dos nombres, y por cierto no muy grandes, los nombres de Hohenzollern y de Prim, resacasen en el centro de Europa. Entonces, el grito de guerra, el ruido de las ametralladoras, y el estruendo de las bombas, apagaron las voces confusas y discordantes de tantos enemigos del Concilio, y apenas pensó nadie en él. Dios tronó desde el cielo, y se callaron al punto las ranas de la tierra; y el dogma fue proclamado con la mayor tranquilidad, y con una armonía enteramente celestial.

«No acabaría jamás, si quisiese analizar todas las falsedades que contiene la carta del Abate Michaud, pero esto no me pertenece, militando para ello razones que se comprenden fácilmente. Mi objeto ha sido protestar contra la suposición falsa, con que afirma que hay en España Sacerdotes asociados a esos que se llaman *católicos viajeros y católicos liberales*, que no quieren admitir un dogma de fe. Esos católicos liberales harán cuanto gusten, y se vestirán, si les place, con la piel del cordero como el lobo, para llegar mejor a su fin; pero tengan entendido que no conseguirán engañar en España, ni a los Sacerdotes, ni a los simples fieles.

«Y persuádanse esos señores que aquí, en España, sabemos todos muy bien que ese nombre de *católico liberal* es un matrimonio monstruoso; si uno ha de ser *católico* verdadero, la palabra *liberal* está por demás; y si uno es *liberal*, bien puede suprimir el aditamento de *católico*. Aquí no tenemos ni Dollingerianos ni Michaudistas; y en materias de fe y de doctrina, no conocemos más que una cosa, y es el Papa, Doctor, Pastor y Maestro universal infalible en la fe y la doctrina, cuando en calidad de tal enseña a toda la Iglesia, los Obispos unidos a Él en la enseñanza de lo mismo, los Sacerdotes unidos invariablemente a sus Obispos, y los fieles creyendo firmemente lo que la Iglesia les enseña. Esta es la verdadera España, no la España del Abate Michaud.

«Ruego a Vd., señor redactor, que tenga la dignación de insertar esta carta en su apreciable periódico, y sirvase aceptar la expresión de mis sentimientos de estimación, con que me repito Vd. atento S. S. y Capellán y siervo humilde.»

«Como Vd. conoce perfectamente, señor redactor de EL PENSAMIENTO, importa mucho que todos comprendan que los herejes y cismáticos, pareciéndose en un todo al padre de la mentira, desean tener muchos compañeros de su impiedad y apostasía; y si no los tienen en realidad, los forjan en su mente corrompida, como acaba de suceder en lo que ha dicho en París el desventurado tráfuga de la verdad M. Michaud. ¿Pues qué! ¿No ve la Europa entera lo que está sucediendo en esta tierra clásica del Catolicismo? ¿No ha visto que cuando algún hombre sin creencias se ha atrevido a decir públicamente alguna blasfemia contra Jesucristo o su Santísima Madre, ha habido en todas las Iglesias del reino solemnidades sagradas para desagraviar al Señor? ¿No estamos viendo que los españoles, y de estos hasta los que se llaman republicanos, rechazan el matrimonio civil y lo tienen por un feto conculcado? ¿No hemos visto que los hombres más exaltados en defender las instituciones civiles modernas, al llegar al término de su vida, reciben los Santos Sacramentos y se reconcilian con la Iglesia, alabando todos a Dios porque no desamparó a España?»

«Siendo todo esto claro y manifiesto como la luz del medio día, he de merecer de Vd. que con un celo digno de todo elogio defiende cada día los intereses religiosos de nuestra amada patria, que inserte en su apreciable periódico cuanto llevo dicho, por lo cual le quedará obligado su atento S. S. y Capellán Q. B. S. M. Fray Jacinto María, Obispo de LA HABANA.

PARTE EXTRANJERA.

El Gobierno francés ha recibido interesantes informes de varios prefectos de departamento respecto a la propaganda que está haciendo actualmente *La Internacional* en diversas comarcas. En ellas se forman secciones, se nombran

corresponsales, y los afiliados reciben tarjetas que los habilitan, cuando trabajan en Francia o fuera de ella, a obtener protección y ayuda de los afiliados, en los puntos en que se hallen.

Es muy probable, dice un periódico, que los representantes de las Potencias europeas vengán pronto a un acuerdo para proponer a sus respectivos Gobiernos medidas generales contra la acción de *La Internacional*.

Hacia tiempo que no había reuniones socialistas-democráticas en Berlín; pero el domingo último hubo un *meeting* en Kopenick, junto a aquella capital, que terminó, como ha sucedido otras veces, a palos, o poco menos.

Copiamos los siguientes párrafos de una correspondencia de Berlín que publica el *Daily Telegraph*:

«Puede estar seguro de que todo está dispuesto para descargar un golpe terrible, si la demagogia hace alguna tentativa en Francia. Las fábricas de armas, de cartuchos y de equipos militares trabajan con actividad verdaderamente febril. Acaba de completarse el material del tren, y se ha enviado ya una parte considerable a la frontera. Las licencias temporales se conceden por breve tiempo, y la movilización está organizada de una manera tan admirable, que bastaría al ministro de la Guerra nueve días para tener a mano un ejército de 800,000 hombres.

Estos preparativos formidables se hacen para el caso de que estallaran en Francia nuevos disturbios, y Alemania creyera útil volver a ocupar el territorio francés para asegurar la garantía de la indemnización. Y tened por seguro de que en este caso no se contentaría con la indemnización estipulada, sino que exigiría otra. Así resulta de declaraciones que ha hecho M. de Moltke a una persona digna.

Escriben de Londres a *La Correspondencia de Ginebra* las siguientes notabilísimas palabras, acerca de cuya importancia y significación llamamos muy especialmente la atención de nuestros lectores:

«La Liga de San Sebastián de Londres acaba de publicar su primera relación anual. Esta institución ha sido recientemente fundada por doce señores, antiguos oficiales o soldados del ejército pontificio. Su fin es el de ayudar por todos los medios posibles al restablecimiento del Padre Santo en la plenitud de sus derechos como soberano de los dominios que le han sido usurpados por la revolución italiana. En un año el número de los miembros de la Liga se ha elevado de 12 a 78, y cuenta además 310 miembros honorarios. A esta Liga se debe la fundación del diario *La Cruzada*, que tira ya 3,000 ejemplares, y ha publicado importantes documentos contra el Gobierno italiano.

La Liga de San Sebastián está en relaciones frecuentes con la «Sociedad de intereses católicos» de Roma, con la «Unión Allet» en el Canadá, y con otras asociaciones católicas fundadas con el mismo objeto. Las publicaciones, los socorros a los antiguos soldados pontificios, las rectificaciones de falsas noticias son hasta ahora las obras principales de los individuos de la Liga; pero en la relación publicada hallamos las siguientes importantes palabras:

«Por lo que concierne a los miembros activos, el consejo se limita a declarar que cuando llegue la hora que vendrá seguramente de emprender una lucha real, distinta de la que se sostiene sobre el papel, sabe donde podrá buscar y encontrar los hombres dispuestos a seguir el ejemplo de los antiguos cruzados.

En estos momentos, los individuos de la Liga comprenden que es necesario guardar una profunda reserva.»

Sir Jorge Bowyer Bort ha presidido la reunión general del día 20 de Enero, día de San Sebastián y M. Ollery ha dirigido de lejos un saludo fraternal a los ausentes de M. de Charette. El reverendo Padre Basso, del oratorio, ha dicho que la Liga debe ser considerada como una asociación religiosa y militar... desde los primeros días de la Iglesia, el Sacerdote y el soldado han combatido y sufrido juntos: desde el día en que San Feban el Sacerdote y San Sebastián el soldado, han sido reunidos sobre los altares de la Iglesia, Sacerdotes y soldados no han tenido más que un mismo espíritu.»

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 16 DE FEBRERO DE 1872.

GLORIAS DE LA CIVILIZACION MODERNA.

Con motivo de la tristísima noticia de haber muerto de hambre en la provincia de Barcelona el cura párroco de Guñolas, hicimos días pasados algunas consideraciones sobre la necesidad y obligación en que estamos, cuantos nos preciamos de católicos, de hacer todo cuanto esté en nuestra mano para impedir que se repitan casos parecidos; acusación terrible contra nuestra dejadez impía y el mayor horror en la página de la historia que contará los sucesos de nuestra época.

Pero ¡ay!—la vergüenza cubre nuestras mejillas y la pena ahoga el corazón—mientras aquel artículo, grito de dolor escapado a nuestra alma, era llevado a las casas de Madrid por los repartidores y a provincias por el correo, en Madrid y en provincias se celebraban espléndidas fiestas, suntuosas bacanales, bailes, reuniones y banquetes, con cuyo costo habría para mantener durante todo el año a los párrocos que han debido abandonar su parroquia y a los que están en camino de acompañar al mártir de Guñolas.

No es nuestra misión la de predicar: el periódico no es ciertamente un pulpito, ni los periodistas somos capuchinos; pero cuando la casa arde o se bambolea, ¿no están autorizados hasta las mujeres y los niños para gritar alerta, o al menos para lamentarse de la desgracia de que serán partícipes?

El Señor está sin lámpara en el templo, y en casas que se llaman cristianas se gasta

centenares de duros para alumbrar espléndidamente salones de baile; los ministros de Dios se mueren de hambre, y hay cristianos españoles que arrojan el dinero para satisfacer su vanidad y el apetito entorpecido a fuerza de regalos. Esas son las glorias de la civilización moderna.

«¿Se ha perdido por ventura el sentido común cristiano? ¿No hay ya caridad ni compasión en la tierra? ¿Será que el mundo haya de acabarse pronto, y se quiere de antemano justificar el castigo que nos amenaza? Tal parece al ver que no se piensa en Dios ni en *La Internacional*...»

Cuando en los siglos venideros algún curioso registrando en los archivos las colecciones de los periódicos actuales, vea los males que nos adigen y busque las causas de ellos, más bien las encontrará en las *gacetas* de los periódicos y en las revistas de salones, que en los decretos del Gobierno, los cuales más que como causa, deben considerarse como efecto.

Gobiernos malos los ha habido en otros tiempos. De despotas sacrílegos que quisieron manejar el incensario, gobernar a los Obispos y disponer en las cosas sagradas, nos presenta terribles ejemplos la lucha entre la Iglesia y el imperio durante una gran parte de la Edad Media y el josefismo austriaco en el pasado siglo. La persecución a las buenas doctrinas y a los medios naturales de propagarlas, tampoco es nueva: desde Juliano, el apóstata, se ha intentado y aun ejecutado varias veces. Las órdenes religiosas han sido calumniadas en diversas ocasiones y expulsadas con diferentes pretextos. Los iconoclastas, padres y maestros de nuestros liberales, demolidores de templos, adquirieron extenso y fatal dominio.

Sin embargo, esos grandes delitos no produjeron el desbarajuste social que nos atormenta, ni dieron ser a cosas como la *Commune* y *La Internacional*, ni pervirtieron las ideas hasta el extremo en que ahora se hallan con fundadas, ni mataron el decoro público, ni desconcertaron la sociedad humana, como la vemos desquiciada y revuelta en estos días.

Algun pecado nuevo ha de haber, pues, si mayor que los pasados para merecer mayor castigo. Pecado que debe ser general, porque lo es la pena, y comprender a todas las clases, ya que a todas alcanza el sufrimiento. Solo un castigo nos refiere la historia, que habiendo alcanzado a todo el mundo, puede compararse con el presente. Y bien será lícito creer que el pecado de ahora es semejante al de la generación que pereció con el diluvio.

De dos cosas acusa la Escritura a aquellos primitivos moradores de la tierra: de haberse mezclado los hijos de Dios con las hijas de los hombres, y de no hacer caso de las amonestaciones de Noé.

He aquí las dos faltas capitales de la civilización moderna, reproducción de la civilización antiluviana.

Uno de sus principales principios consiste en no hacer diferencia entre los creyentes y los infieles, borrar toda señal de distinción entre los hijos de Dios y los hijos del diablo. La indiferencia religiosa, como si a Dios le fuesen indiferentes la verdad y la mentira, que el hombre no tuviese obligación de seguir a la primera leyenda de la segunda; la libertad legal de cultos, hija de la indiferencia religiosa, establecida para sancionar todas las aberraciones y todas las ofensas hechas al Señor, cual si la sociedad nada le debiese más que su misericordia, confundiendo a los buenos con los malos; el matrimonio civil y el establecimiento de los demás registros en que se miden legalmente con la misma medida a los que creen y cumplen la voluntad del Altísimo, y a los que se burlan de ella; y otras no pocas verdades nacidas del mismo principio, que indican y a que tienden sino a resucitar aquel estado que motivó el *poemita* me fiesse *ho-minem*?

De la otra falta cometida por los contemporáneos de Noé, hablaba Nuestro Señor Jesucristo en estos términos: «En los días anteriores al diluvio los hombres comían y bebían, se casaban y divertían hasta el día en que Noé entró en el arca, y no abrieron los ojos hasta que llegó el diluvio y los tragó a todos» (Mat. XXIV, 38, 39). San Pedro recordaba también a los primeros cristianos la incredulidad de los que esperaban sin corregirse en la misericordia de Dios, mientras Noé construía el arca.

«Nos es esto lo que vemos otra vez en esta civilización que se llama moderna, siendo tan antigua? ¿No pueden compararse la ligereza y la indiferencia que nos caracterizan con las que tanto ofendieron entonces a Dios?»

Cuando el curioso, de quien habíamos hecho poco, encuentre, tal vez en un mismo número de periódico, que los curas se mueren de hambre y los ricos pasan las noches divirtiéndose; que falta aceite en los templos de Dios vivo y se fabrican reverberos que parecen soles para las casas particulares; que las leyes llaman esposas a las mancebas de los hombres libertinos, y cubren de infamia a las esposas verdaderas y honradas, sin que nadie proteste, que se encausa a los Obispos por el cumplimiento de su deber, y se abandona al Papa preso, sin que las naciones vistan de luto, dirá: «Ya encontré la causa de por qué Dios abandonó a su réprobo pueblo a aquellas generaciones, y permitió que la sociedad se destruyese, a fin de que se asentase sobre nuevas bases.

Y sin embargo, la religión alcanza triunfos y experimenta inefables consuelos, según decíamos también en uno de los artículos anteriores. Unas cuantas personas que oran y hacen verdaderos sacrificios, patentizan

cuánto puede la caridad ayudada de la gracia: ellas crean escuelas y asilos para la niñez; ellas sostienen el culto que todavía se da a Dios, y mantienen a sus ministros, que no se mueren de hambre, como el Cura de Guñolías; ellas esparcen libros, periódicos y opúsculos de propaganda católica; ellas persiguen a los herejes con las armas de la verdad y de la virtud, y logran conversiones asombrosas; por ellas la justicia de Dios no descansa aún sobre la tierra con todo su rigor.

¿Qué pronto se convertiría el mundo, y la sociedad recobraría su asiento, si esas personas fuesen ayudadas por cuantas tienen que perder en el cataclismo general que amenaza, y que siguiendo por el camino de carnaval que muchos siguen, no podrá menos de venir!

ERA SABIDO.

De seguro que a nadie sorprenderá la noticia de que otra vez hay crisis ministerial. La cosa podría parecer extraña en otro país y en otra situación; pero aquí, sobre todo desde que vino el mal aconsejado D. Amadeo, la crisis es continua e irremediable. Confesamos ingenuamente que al ver lo que sucede, nos inspira compasión el joven príncipe que se ha metido entre los liberales setembristas, que es como meterse en la boca del lobo. Si suponiendo muy unidos a progresistas de Sagasta y conservadores, los amigos italianos de la casa de Saboya aconsejaban ya a D. Amadeo que abandonase este país, ¿qué dirán, cuando sepan que unionistas y sagastinos están en disidencia y que ha estallado nuevamente la crisis?

Y así tenía que suceder: no hay alianzas sinceras cuando la ambición las establece, ni hay quien se resigna a servir de auxiliar para que otra se encumbre sin acompañarle en la subida.

Lo hemos dicho mil veces: los fronterizos, que han elevado al Sr. Sagasta y le han dado el poder y le han sostenido, están llenos de razón para pedir participación en el mando y la mitad del presupuesto. Si por debilidad y por no perder la parte del botín que les concede el Sr. Sagasta, no han extremado sus exigencias, llega al fin una ocasión en que no se contiene su concentrado disgusto; y si, lo que no es fácil, el actual conflicto no tuviera la solución que ellos desean, se renovará mañana con cualquier pretexto, y lo que ha de suceder sucederá; que no es posible que los unionistas vivan contentos y satisfechos, sirviendo de meros auxiliares a la política sagastina.

Ya, con motivo de la distribución de distritos electorales, los fronterizos se quejaban de que los progresistas designaban para su partido los más y los mejores. Este descontento iba creciendo por momentos, sobre todo en el elemento joven, que ostigaba sin cesar a los padres graves para que hicieran entrar en razón al Sr. Sagasta. Los padres graves esperaban, por lo visto, ocasión oportuna, y la han encontrado en los ascensos militares decretados por el Sr. Gaminda en cuanto ha tomado posesión del ministerio de la Guerra.

En nuestras noticias de última hora hemos dado cuenta de la marcha que ha seguido este asunto, y los sucesos a confirmado muchas de nuestras predicciones.

El unionismo no ha querido aguantar que el Sr. Sagasta procurase formar una plana mayor de generales a su devoción: para que están los innumerables generales unionistas, sino para servir y mandar patrióticamente en esta y en todas las situaciones posibles? Después de todo, los nombramientos que ayer publicó la *Gaceta*, eran en verdad escandalosos, y explotando hábilmente el hecho, los unionistas, por medio del duque de la Torre, manifestaron su disgusto al Sr. Topete, compeliéndole a plantear la crisis.

Ayer Sagasta, Malcampo, Serrano y Topete estuvieron todo el día en conferencias y juntas: hubo Consejo de ministros, visitas y consultas a palacio, y a la hora presente se halla planteada la crisis, aunque no se sabe con exactitud en qué términos: unos aseguran que el Sr. Topete ha exigido formalmente que se den cuatro carteras a los unionistas, y otros que los fronterizos se contentan por ahora con que sin dilación salga del ministerio el general Gaminda.

Los periódicos de anoche hablan mucho de este asunto y lo propio hacen los de la mañana, aunque los sagastinos procuran ocultar lo que pasa. *La Iberia* calla por completo: hace bien. *La Correspondencia*, que escribe dos párrafos, remitiendo, sin duda, para decir que no hay crisis, publica luego de propia cuenta lo siguiente:

«Algunos fronterizos se mostraban esta tarde decididos a romper con la situación si no se hace la modificación ministerial como hace días se viene anunciando, para que se forme un Gabinete en que entren cuatro de sus amigos.

Algunos menos exigentes solo aspiraban a que saliera el Sr. Gaminda, y aun añadan que en este sentido han formulado hoy su decisión por conducto del Sr. Topete. No faltaba quien asegurase que el actual ministro de Ultramar dejaría su puesto si no hay modificación.»

«El Sr. Sagasta ha conferenciado hoy con el Sr. Topete.

«Esta tarde han celebrado una larga conferencia los Sres. Sagasta y Malcampo con el ministro de Ultramar, y después con el de Estado.»

La Epoca, después de manifestar la extrañeza que le causa la indignación que los nombramientos militares han producido en los fronterizos, que han venido tolerando todo género de abusos, y han hecho cosas análogas y peores que estos nombramientos, añade:

«Es positivo, sin embargo, que el disgusto ha llegado a su colmo, que la ocasión oportuna para la tercera algarada, el Gobierno se la ha proporcionado, que el duque de la Torre considera llegada la hora de enfadarse de veras, y que el Sr. Topete, que no inició la crisis antes de los nombramientos, la ha iniciado hoy con toda formalidad.

Consuélanos algo el ver que ciertos sentimientos no han desaparecido por completo; pero no hacemos cálculos, por el temor de quedarnos en la estacada.

Bastanos asegurar que esta tarde había crisis, y crisis formal.»

La Política, no sabemos si por temor de que los radicales salgan gananciosos de este desconcierto, no se muestra muy contenta de lo que ocurre, ella, que no ha cesado un momento de atizar las ambiciones fronteri-

zas. Hé aquí lo que escribe sobre el particular:

«Creíamos completamente resignados a nuestros amigos los fronterizos con la suerte que ellos mismos se han preparado.

Los decretos de ascensos militares que ha publicado hoy la *Gaceta*, no han satisfecho a los radicales, por no haber sido ascendidos a generales los brigadieres Lagunero y Palacios, y que han causado profundo disgusto en el campo fronterizo militar y civil.

Algunos ministros, los Sres. Topete y Groizard, no han aprobado esos ascensos, ni la variación del sistema que había establecido para ellos; pero han creído salvar su responsabilidad consignando en un acta su voto negativo. Los amigos del señor ministro de Ultramar no se dan, sin embargo, por satisfechos con esto, sino que creen que aquel debería haber presentado su dimisión, más bien que autorizar hasta cierto punto dichos ascensos, con su continuación en el ministerio.

Por consecuencia de ellos, el general Carbó, subsecretario que era del ministerio de la Guerra, ha presentado su dimisión, y le ha sido admitida en el acto. Dicesse que no ha querido aceptar la capitania general de Valladolid que se le había ofrecido. Lo comprendemos.

«Esta tarde se ha dicho que los ministros de Ultramar y de Fomento han hecho dimisión de sus respectivas carteras. No lo creemos.

Tal vez haya dado lugar a este rumor la circunstancia de haber estado esta tarde largo rato reunidos en la secretaría de Estado los Sres. Sagasta, Topete y Malcampo.

Pero, aunque nosotros no demos crédito a ese rumor, no por eso es menos cierto que la irritación en el campo fronterizo, así por la cuestión de ascensos militares como por la de distritos, es grande y que los más ardientes sostienen que es necesario plantear resueltamente, no ya la cuestión de conducta política, sino la de modificación ministerial.

Dudamos de que se persista en esta propositio-

El tiempo se expresa en estos términos:

«Los nombramientos militares han producido el efecto que ayer anunciamos.

El general Serrano ha censurado al Sr. Topete su debilidad por acceder a que se confieran unos ascensos tan injustificados, y toda la hueste fronteriza ha resuelto hacer algo que exprese su terrible enojo.

En su virtud, parece que esta tarde han ido vamos a decirle que solo quedará justificado si provoca una crisis en la cual sucumba el ministro de la Guerra.

El Sr. Topete ha consentido en desempeñar el papel que se le ha señalado, y es probable, por consiguiente, que la crisis esté planteada.

O sale el Sr. Gaminda, abandonado por Sagasta, o este lo apoya lealmente y deja el ministerio el Sr. Topete.»

Según *El Eco de España*, aseguérase anoche que cediendo el Sr. Sagasta, y para no perecer en la borrasca que se había levantado, consentía en dar cuatro carteras a los fronterizos; pero *La Epoca* tiene entendido que es irrevocable la resolución del Sr. Sagasta de no consentir en modificación alguna del ministerio hasta después de hechas las elecciones.

La Discusión es quien esta mañana da más noticias sobre el particular, que, de ser exactas, bastarían para comprender que la crisis es muy grave; hé aquí sus palabras:

«El ministerio se halla de nuevo en crisis.

El Sr. Topete manifestó ayer particularmente al Sr. Sagasta su firme propósito de no continuar ni una sola hora en el ministerio si no se hacía dimitir inmediatamente al general Gaminda.

El Sr. Sagasta trató de convencer a Topete, y todos sus esfuerzos fueron inútiles. Quiso luego aplazar la cuestión hasta el próximo Consejo, y nada consiguió.

El Sr. Topete había asistido horas antes a una reunión de unionistas en casa del general Serrano.

Reunido, pues, el Consejo de ministros, no pudo haber en él avenencia. Todos los ministros, excepto el de Fomento, se pasieron en contra de Topete.

En tal estado las cosas, el Sr. Sagasta pasó a conferenciar con el rey, el cual parece tenía ya conocimiento de todo lo ocurrido.

El general Serrano había estado momentos antes en Palacio.

Ignoramos lo que pasó entre el rey y el presidente del Consejo; pero anoche, después de haber estado conferenciado de nuevo con el monarca, los unionistas se mostraban muy satisfechos.

Creían que el duque de la Torre sería llamado a palacio para encargarse de la formación de un ministerio francamente conservador si el Sr. Sagasta no se decidía a dar desde luego a los unionistas el ministerio de la Guerra, objeto de todas sus aspiraciones, ideal de toda su política.

Hoy probablemente se resolverá la crisis planteada ayer por el Sr. Topete de una manera al parecer resuelta y definitiva.

Insistiremos por algunos a hora avanzada de la noche, en que la crisis ministerial es más grave de lo que han manifestado unionistas y calamaros. Ya no se concreta la crisis a la salida de este o de aquel ministro, sino a la de todos. ¿Quién, pues, si esta noticia se confirma, reemplazará a Sagasta?

Meditemos y hallaremos la clave del misterio.»

El Imparcial cree que todo quedará como estaba y da las siguientes noticias:

«Entretanto que termina en bien o en mal esta algarada, necesario es que nuestros lectores conozcan algunos de los detalles que la han provocado.

Ya hemos dicho que en el Consejo de ministros del miércoles hubo un acalorado debate entre el Sr. Gaminda y el Sr. Topete sobre la promoción de alguno de los generales que apareció ayer en la *Gaceta*. Parece que sometido el caso a una votación, se quedaron solos los Sres. Topete y Groizard, quienes no se marcharon sin hacer que constara en el acta su voto contrario a los nombramientos.

Sin embargo, nada indicaron que pudiera hacer presumir una crisis; pero al ver que estos nombramientos eran apreciados en el campo fronterizo como síntoma de una política contraria a las aspiraciones e intereses de los conservadores, tanto el Sr. Topete como el Sr. Groizard, se creyeron en el caso de dimitir con sus amigos para saber qué tendrían.

Y en efecto, ayer tarde celebraron una conferencia los Sres. Topete, duque de la Torre, Ullón y Herrera, en la cual debió sin duda decidirse el envío de un ultimatum al Sr. Sagasta, encargando la misión al Sr. Topete. Momentos después se reunieron en la secretaría de Ultramar los señores Topete, Sagasta y Malcampo, y en ella debió expresarse el primer motivo de su disidencia y las proposiciones que para una reconciliación creía convenientes la fracción unionista que apoyaba al ministerio.

Las exigencias son pocas, pero colocan al Sr. Sagasta en grave aprieto: la salida del Sr. Gaminda del ministerio, entrando en el Gabinete dos fronterizos más, uno de los cuales había de encargarse precisamente de la cartera de Gracia y Justicia. O esto, o la retirada de los Sres. Topete y Groizard, teniendo el cuidado el Sr. Topete de añadir, según se aseguraba anoche, que no sabía si el rey admitiría o no su dimisión y la

del Sr. Groizard, lo cual, si es cierto, que lo dudamos, ha debido aumentar los motivos de preocupación que asaltan en este momento al señor Sagasta.

Hasta aquí llegan nuestras noticias. Ignoramos si después se resolvió algo en el Consejo de ministros. Un periódico decía anoche que habían quedado presentadas las dimisiones de los señores Topete y Groizard; pero tratándose del señor Sagasta y de los fronterizos, nos permitimos creer que todo se ha aplazado y se hallará un nuevo acomodo para desvanecer los sustos electorales que una crisis ha de ocasionar en estos instantes.

Como hemos dicho más arriba, la prensa ministerial quiere ocultar la gravedad de la situación. *El Puente de Alcolea* es el que a más se atreve, y sin embargo, se limita a escribir lo que sigue:

«No negamos que los ascensos militares que aparecieron en la *Gaceta* de ayer, quizá alguno de ellos poco meditado, han producido alguna alarma en el campo político; pero suponemos grandemente exagerado que algunos periódicos lleven la cuestión hasta la creencia de que pueda surgir una crisis, que no sería lógica después de haber sido aprobados en Consejo de ministros los referidos nombramientos, y que a todas luces sería inconveniente en estos momentos, en que es preciso mucha abnegación y gran patriotismo en los elementos que apoyan al Gobierno y a la situación actual, para llevar a cabo el pensamiento que los une y la lucha electoral.

«Desamamos, pues, que haya más calma por parte de todos, y que esta cuestión, que no tiene, por cierto, gran importancia, no dé lugar a perturbaciones ni disidencias de ningún género.»

Ahora, en vista de todo, juzguen nuestros lectores. Nosotros no hacemos cálculos, porque la experiencia nos ha enseñado que no se puede fiar en la firmeza de los unionistas ni en la resistencia de Sagasta. En cuanto al resultado de la crisis, confesamos que todas las soluciones nos parecen posibles. En este embrollo, hasta es posible, ya que no probable, que D. Amadeo, viendo que no se sentían de los conservadores, llame, como a la desesperada, a los radicales.

Recomendamos al presidente de la Audiencia de Valladolid la lectura de *La Iberia* de hoy. Este periódico copia un suelto de *El Universal*, en el que se dice que aquel magistrado «ha mandado sobreseer en la causa instruida con motivo de los últimos sucesos, se hacen después varias preguntas para terminar con la exclamación siguiente:

«¿Cómo nos engañábamos al creer que la justicia haría su oficio?»

Qualquiera creiera que al copiar *La Iberia* el suelto de *El Universal* saldría a la defensa del presidente de la Audiencia de Valladolid; pero hace todo menos eso. Véase lo que se le ocurre escribir al diario ministerial en defensa de aquel magistrado:

«Cuando así obra el señor presidente de la Audiencia de Valladolid, él sabrá por qué lo hace, y no es difícil que de las indagaciones que haya practicado pueda resultar responsabilidad en quienes menos sospecharia, tal vez, el referido magistrado.»

Suponemos que el jefe de aquella audiencia será progresista; pero suponemos también que ha de avergonzarse de serlo al leer los párrafos que le dedican los periódicos de su partido.

Los presidentes de audiencias no mandan sobreseer los procesos como equivocadamente supone *El Universal* y admite *La Iberia*, ni a los magistrados se les defiende diciendo de ellos que sobreesen las causas porque de las averiguaciones prácticas resulta responsabilidad en quienes menos sospecharan. Lejos de ser esto defensa constituye un tremendo cargo, que no guardáramos muy bien de hacer nosotros sin pruebas a ningún magistrado.

Sepa el presidente de la Audiencia de Valladolid, si por ventura no tiene de ello noticia, entre qué gentes está metido, y si después de saberlo continúa llamándose progresista, con su sueldo se lo coma, que bien lo gana sufriendo las impertinencias y tonterías de sus amigos políticos.

Algo decíamos ayer de los jefes militares a quienes el mal aconsejado ministerio acaba de dar el empleo inmediato con escándalo de toda persona sensata, profunda indignación de aquella parte del ejército que no se pronuncia, y envidia de los partidos liberales no favorecidos; pero *La Epoca* de anoche nos proporciona curiosísimos datos biográficos de los agraciados; datos que no podemos menos de dar a conocer al lector, con la salvedad por de contado de rectificar cualquiera equivocación que contengan. Hélos aquí:

«D. Eduardo Novillas pidió el retiro en 1866, siendo teniente coronel, y se le volvió al servicio de coronel en 1868, ascendiendo a brigadier en 1869, y ahora a mariscal de campo, sin mérito de guerra que se sepa.

D. José Merelo fué subteniente y obtuvo su licencia absoluta en 1843, sin conseguir volver a él en dos diversas épocas en que se concedió a otros que la habían recibido por causas políticas. Ejerció luego al cargo de comandante del regimiento de Puerto-Rico y Cuba, empleos civiles sin consideración militar alguna. En 1868 fué hecho coronel, y se le dió el mando de la guardia civil contra reglamento; en 1869 ascendió a brigadier, y hoy a mariscal de campo.

D. Eulogio González era comandante de infantería del batallón de Almansa, pronunciado en 1866 en Avila, con el que emigró a Portugal; en 1868 volvió al servicio con el empleo de coronel; en 1869 fué nombrado brigadier, y en la *Gaceta* de hoy se le asciende a mariscal de campo. Este fué el que, según se dijo, maltrató al subdelegado castrense de Tarragona, de cuya causa nada hemos visto a saber.

D. Manuel Aldeia mandaba en la batalla de Alcolea el regimiento del Príncipe a las órdenes del marqués de Novallas; al día siguiente le fué ascendido a brigadier por el duque de la Torre; mandaba ahora una brigada de la guarnición de Madrid, cuando se le ha hecho general.

D. Carlos Sáenz de Court es el único unionista de los cinco ascendidos a mariscales de campo y el de carrera más larga y atendible, habiendo pertenecido a la Guardia: el general O'Donnell le hizo brigadier en 1863, y ahora se halla de ayudante del rey.

D. Teodoro Sagasta era comandante retirado con el grado de coronel de infantería de marina, y en 1868 se le volvió al servicio haciéndolo coronel, y el general Bassols le llevó al ministerio de la Guerra, donde se encuentra al ascender a brigadier; suponemos piadosamente que algo influyó su apellido para este ascenso; cuando no se le conocen méritos de guerra recientes que lo justifiquen.

Los Sres. Sasot y Díaz-Illarraz, también ascendidos a brigadieres, se hallaban igualmente

retirados, si no recordamos mal, cuando la revolución de 1868 los volvió al servicio y los hizo coroneles.»

Con razón extraña *La Epoca* que el revolucionario Gaminda haya prescindido de la costumbre introducida por el revolucionario Bassols de acompañar al decreto de ascenso un extracto de la hoja de servicios del agraciado, y aun parece indicar que con este fin fué derogado por el actual ministro de la Guerra el decreto de su antecesor sobre ascensos.

Pero si los últimamente concedidos han causado indignación general, el Gobierno creyó calmar las iras políticas otorgando otros nuevos, como decíamos anoche. Así como así, en España estamos los contribuyentes para pagar los desaciertos y caprichos ministeriales.

Los nuevos brigadieres ascendidos a mariscales son D. Juan Campuzano, de ingenieros, y D. Cayetano Figueroa, de artillería; y los coroneles hechos brigadieres D. Fernando Márquez y D. Antonio Gil Avallé, ambos también del arma de artillería, y los más antiguos de la misma.

Así estos ascensos, como el nombramiento del Sr. Azcárraga para la subsecretaría de la Guerra, parece que fueron firmados ayer, y aun se aseguraba que hoy publicaría la *Gaceta* los decretos, pero contra lo que se decía, el periódico oficial no trae siquiera una mala orden, sin duda a consecuencia de la crisis.

Aparte de estas resoluciones, corren voces de otros nombramientos militares que probablemente no llegará a hacerse por el actual ministerio.

Indicase a Merelo para segundo cabo de Castilla la Nueva, pasando Santa Pau a otro destino; se añade que está acordado el relevo del capitán general de Aragón, Sr. Laserna, y que le reemplazará Moriones; se designa a Novillas (D. Eduardo), para gobernador militar de Gerona, y al brigadier Egula para el mismo cargo en la provincia de Murcia; y por último, se indica a D. Carlos Latorre para director de Infantería, con gran contentamiento de los unionistas.

Repetimos que estos rumores, en caso de que tuvieran algún fundamento, lo habrían perdido casi del todo con la crisis ministerial.

Afortunadamente, poco importa que estos cambios militares se hagan o dejen de hacerse; pero lo mismo fuera si se tratase de los asuntos más vitales del país. Sonando la palabra crisis, y en los sistemas modernos se oye todas las semanas, se paraliza por completo el gobierno; paralización que dura hasta tanto que los nuevos ministros se enteran de los negocios puestos a su cuidado. Y por cierto que no es cosa rara ver a un ministro dejar de serlo antes de haber podido enterarse de su obligación.

Y a esto llaman progreso los liberales.

Dice La Correspondencia:

«Un periódico de anoche hablaba de rumores de crisis ministerial. No tienen fundamento tales rumores, si bien ha podido dar origen a ellos cierto descontento que se mostraba en determinados círculos por alguna de las promociones de brigadieres a mariscales de campo.»

El periódico a que se refiere el diario noticiero es *El Pensamiento*, al cual dedicaba también anoche *La Política* las siguientes líneas:

«También tiene el carácter de noticia de Carnaval la siguiente que ayer se permite estampar en sus columnas *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL*, que tiene fama merecida de periódico serio:

«Corren rumores de disidencias ministeriales, que pueden producir una verdadera crisis.»

La Política ha podido convencerse de que *El Pensamiento*, sin desmentir su fama de periódico serio, antes bien confirmando la, pudo anteañoche decir lo que sabían muy pocos, y era ayer público y notorio en todos los círculos políticos de la capital.

Entré los jefes militares ascendidos por el Sr. Gaminda, cuéntase uno que en cuatro años ha pasado de alférez retirado a mariscal de campo. Así lo dice *La Epoca*.

El mismo periódico asegura plenamente autorizado que el general Bassols se negó resueltamente a conceder el ascenso a brigadier al hermano del Sr. Sagasta, por parecerle que el interesado no reunía méritos para ello.

Ni que el Gobierno estuviera pagado para desacreditar a la situación, podría hacer más que lo que hace.

Un poco tardíos parecen los consejos que *El Debate* propina anoche a *La Prensa* en estas líneas:

«A pesar de las explicaciones que *La Prensa* ha dado, sería conveniente que no se diese lugar a aumentar desconfianzas y recelos entre los elementos ministeriales y que la prudencia no se osecudese tan a menudo en la clara inteligencia de algunos periódicos que prestan su concurso al actual estado de cosas.»

Es ya difícil que las desconfianzas y los recelos de las huestes ministeriales suban de punto después de haber producido un verdadero rompimiento.

Trate el diario conservador de echar un remedio a la fusión sagastino-fronteriza, que si consigue hallarla habrá puesto una pica en Flandes. Esto es lo urgente, no dar consejos a quien ni los pide ni quiere oírlos.

Según *El Tiempo*, no se encuentra grande de España que quiera ser mayor que el mayor de palacio, ni dama de la aristocracia que se preste a servir de camarera mayor de doña María Victoria. Entre los primeros se han negado a ser mayordomos el conde de Hornachuelos, el marqués de Perallos y los duques de Tetuan y Fernán-Núñez; entre las segundas se ha ofrecido en vano el cargo de camareras a las duquesas de la Torre y de Prim.

¿Qué revela esto? pregunta el diario moderado.

Un periódico desea saber por qué continúan en París cobrando doble sueldo el director de la Deuda y otros varios empleados que fueron a la capital de la república, vecina con el pretexto de arreglar el pago del semestre. Una vez satisfecha la Deuda, parece que deberían haber vuelto, y sin embargo, continúan por allá.

Si los hechos son ciertos, bien merecen que los expliquen los diarios ministeriales.

La Epoca, que tiene para todo y para todos; *La Epoca de Asmodeo* y demás cronistas de bailes y saraos, endiga anoche en su primer artículo de fondo un sermón de cuarenta contra el lujo y los gastos superfluos y escandalosos de una gran parte de nuestra aristocracia, que no piensa más que en diversiones y placeres.

Sermón perdido. Los lectores a quienes se dirige, no ven por lo regular, el artículo de fondo, sino el folletín, las revistas, la gaceta y los anuncios de teatros.

Con alguna mayor elocuencia hablarán a esa clase del público las ruinas ciertas que van a sobrevenir a muchas familias, y sobre todo *La Internacional* que vendrá para castigo de todos.

La aristocracia ha creado el vacío al redor de palacio; pero con bailes y banquetes fuera de la órbita oficial y revolucionaria no se trae nada que pueda llenar este vacío.

Como decimos hoy en otra parte, el único que se ve venir es el diluvio, esto es, el petróleo.

La Epoca, tan aficionada a la moderación y a la templanza, y que quiere por consiguiente una religión y una moral moderadas, y templadas por las exigencias de la civilización y de las circunstancias, dice también con su habitual aire de superior juicio que no es de los emigrados que piensan que el mundo se arruina porque dure un cuarto de hora más el cotillon ó se baile un día de cuarenta. Es verdad, esto poco importa en sabiendo guardar las formas; moral adusta y severa... quite usted allá... eso queda para el tiempo de un rigor irreflexivo é imprudente. La moral de *La Epoca* nos ha parecido verla siempre representada en esas damas de la alta sociedad, que no tiene preocupaciones, y que van al Teatro Real los viernes de Cuarenta, a los conciertos sacros, de negro, muy de negro, pero descotadas, muy descotadas.

En el mismo artículo en que *La Epoca* habla de mogigatería, para recomendar a la aristocracia que piense en algo más que en bailes y banquetes, porque es de rigor en la escuela de *La Epoca* pagar siempre el diezmo por lo menos al diablo, después de darse el parabien por la concurrencia que ha habido en salones y teatros durante el Carnaval, recuerda a los títulos y a los capitalistas los peligros que amenazan a la sociedad europea, y la necesidad de que se pongan al frente de las clases productoras para dirigir su movimiento agrícola, industrial y mercantil, y no quedar aislados de ellas. Mucho de estos verdades que podría hacerse, pero no es *La Epoca* quien puede hablar de estas cosas. En los tiempos en que la organización de la sociedad española era profundamente católica y monárquica, nuestra aristocracia estaba cristiana y popularmente enlazada con las más humildes clases sociales. Después vino el sistema moderno, tan defendido por *La Epoca*, en que el pueblo quedó enteramente desatendido, se rompieron los lazos que la religión había formado, y nacieron nuevas y escandalosas fortunas al abrigo de la política, en los pasillos del Parlamento y los gabinetes de los ministros, que habían de consumirse en Madrid, en la capital donde había centralizado toda la vida de España la entidad absorbente del Estado moderno.

La Tertulia, órgano del Sr. Ruiz Zorrilla, copia íntegro el artículo titulado *Abdicación*, de *El Eco de España*, que ya conocen nuestros lectores, encabezándole con las siguientes líneas:

«Prescindamos de los ataques que se dirigen a los que votamos la dinastía de Saboya; prescindamos por un momento de las acusaciones que se nos hacen; de todo lo secundario es MENESTER PRESCINDIR CUANDO LO PRINCIPAL SE HALLA EN GRAVE RIESGO, y que así sucede, lo demuestra la posibilidad, la simple posibilidad de que se escriban artículos como el siguiente que pertenece al *Eco de España*, periódico moderado y que se escribe, y esto es lo más grave, con ríos de verosimilitud, por más que el escrito sea apasionado y no todo lo veraz que requiere la importancia del asunto.

A continuación del artículo de *El Eco de España*, el diario radical escribe los gravísimos párrafos que copiamos, porque por su mucha importancia merecen ser conocidos de nuestros lectores:

«Ya ven nuestros lectores. El monarca ha sido engañado; se le había hecho creer que estaba organizado el partido conservador; se le había dicho que el decreto de disolución precipitaría las fuerzas vacilantes a uno u otro campo, y se encuentra con que ha sido engañado torpemente, con que se ha hecho un comercio ineficaz de su buena fe; manifiesta al presidente del Consejo de ministros que ha conocido el dolo y el engaño, y este no abandona el poder, persistiendo en su absurda idea de crear un tercer partido, en su insensata idea de empujar las instituciones por la pendiente de un abismo sin fondo.

Hundiese patria, altar y trono, dijo *La Política*, antes que renunciar nosotros a nuestras aspiraciones; en la misma fórmula parece haberse inspirado el Sr. Sagasta, puesto que no retroceda en la tortuosa senda de sus despropósitos.

La dinastía peligrante si el Sr. Sagasta continúa en el poder, y el Sr. Sagasta persiste en continuar.

La libertad peligrante si el Sr. Sagasta permanece en su puesto, y el Sr. Sagasta se aferra a él con una pertinacia sin ejemplo.

La honra nacional peligrante si el Sr. Sagasta continúa en la presidencia del Consejo, puesto que ya se ha pronunciado la palabra intervención, y el Sr. Sagasta insiste en sostenerse contra todas las consideraciones del mundo.

«¿Por qué quieren perderme?» decía el conde de San Luis, jefe de la fracción polaca, contestando a las amonestaciones de don Luis Isabel; «¿tú si que intentas perderme a mí?» replicaba aquella señora, y ante esta contestación, aquel hombre de quien si no hubiera muerto diríamos todo lo que significaba, presentó su dimisión.

«Se me ha engañado», dice al Sr. Sagasta S. M., y este hombre público no encuentra suficientes meritos en tal aseveración para retirarse.

No exageramos la situación. Si, lo que no creemos, la abdicación del flustre vástago de la casa de Saboya llegase a ser un hecho, España sufriría más que con el triunfo de una revolución violenta, que decimos de una revolución más que con el triunfo de diez revoluciones.

«Ah! Si nos fuera permitido dirigirnos al monarca, sin que nadie nos tachase de anti-dinásticos, nosotros le diríamos: «Señor: Cuando se tiene la honra de reinar en esta hidalga tierra, se ob contrae el compromiso de cumplir deberes penosos, y uno que hoy se hace ineludible para vues-

tra majestad, es el de *destruir* á los que han tenido la osadía de engañarle.

No podemos dar consejos á S. M., y nos abstendremos de darlos; pero conste que si por su iniciativa ó por la ajena, el Sr. Sagasta y sus hombres no dejan de ser responsables de sus desgracias y de imponerles en su día un fuertísimo correctivo.

En tanto, *Dios salve á la dinastía*, á la libertad y á la patria.

Después de copiar los anteriores párrafos, no nos queda más que decir que estas pocas palabras: *La Tertulia*, el órgano del señor Ruiz Zorrilla, ex-presidente de la comisión que fué á ofrecer la corona de España al duque de Aosta, cree no solo posible, sino *verosímil*, la abdicación de D. Amadeo de Saboya.

Los unionistas aspiran á ganar el terreno perdido, y cada vez son más claras y terminantes sus exigencias para que el Sr. Sagasta lleve á cabo la fusión de los elementos conservadores prometida el 22 de Enero, es decir, para que quite á su fracción la sombra de vida que tiene y se deje absorber por la unión liberal. Esta es indisputablemente la causa de que algún periódico, unionista antiguo, que se mostraba muy sagastino, *El Diario Español*, haya mudado de dirección y puesto abiertamente del lado de los fronterizos, pida resueltamente á *La Prensa*, órgano del presidente del Consejo, que haga declaraciones terminantes acerca de la política del Sr. Sagasta, y diga si intenta este reorganizar el antiguo partido progresista histórico, faltando á lo solemnemente prometido de unir todos los elementos *afines conservadores*, de cuyo pensamiento era bandera el señor Topete. *El Diario Español* dice que el Sr. Sagasta tiene que elegir entre ser ingrato con los unionistas y aceptar el arrepentimiento de los radicales con esta condición, ó volver por lo que importa á las instituciones, y lo que debe á grandes servicios prestados por la unión liberal. Los sagastinos, que no vienen en ello fácilmente, acusan ahora de antinatismo á los unionistas, y *El Puente de Alcolea* dice que la separación de *El Diario Español* de algunos de sus redactores, y entre ellos de su director, Sr. Rodríguez Varo, tiene por causa el que aquel periódico ha levantado la bandera alfonsina. Lo que de todo esto se deduce es que la situación del Sr. Sagasta es ya insostenible, y que tiene que decidirse á ser absorbido por la unión liberal ó por los radicales.

Ayer mañana se administró el Santo Viático al señor marqués de Miraflores.

El proyecto de reorganización del ejército, que hemos anunciado, parece que por ahora quedará en suspenso.

Se oponen los fronterizos?

El diputado por Indiana, Sr. Voorhees, ha pedido al Congreso de Washington el reconocimiento de los cubanos insurrectos como beligerantes. El Congreso acordó que la proposición pasara á la comisión de negocios extranjeros. El *Evening-Post* da cuenta de este fracaso de la proposición en el siguiente despacho telegráfico:

WASHINGTON, 29 de Enero.—La política que ha seguido el Gobierno en lo de Cuba, ha sido sancionada por la Cámara de una manera directa y positiva: esto probablemente obligará á la camarilla cubana á desistir ó amainar en sus gestiones, hasta ahora tan activas y tan esperanzosas.

Los internacionalistas extranjeros parece que trabajan mucho en estos momentos y mantienen una correspondencia con los de España. La policía francesa de la frontera ha detenido á algunos comunistas de París y algún español, según noticias.

El Gobierno de nuestro país no se cuida de estas cosas; toda su atención se fija en preparar las elecciones.

Después de las locuras del Carnaval, prolongado por los impíos hasta los santos días de Cuaremas los católicos vuelven los ojos á la Iglesia católica, y sus templos se ven enjambados de fieles que acuden á oír la palabra divina. Esto, que vemos en Madrid, está sucediendo en las provincias, donde, según los periódicos que hoy recibimos, ofrecen los templos el espectáculo consolador de un pueblo verdaderamente creyente y constante en su fe, á pesar de los satánicos esfuerzos de la incredulidad para perderlo.

La *Unidad* de Oriado publica un comunicado del Sr. Menéndez de Luján, explicando lo ocurrido en la discusión de su voto particular en el artículo que trata de la autorización al Gobierno para cobrar los impuestos.

Dicen de Valencia:

«Así como el juzgado de Serranos había dictado auto de prisión contra el Sr. Zarranz, director de *El Tradicional*, por el artículo titulado *Peregrinación*, que ha sido considerado injurioso á D. Amadeo, ayer decretó el juzgado del Mar, por la publicación del mismo artículo, la prisión del director de *El Radical*, que según dice este, es D. Joaquín Assensí.»

SEGUNDA EDICION.

Dicen de Londres que el Gobierno no tiene noticia de la oferta de mediación en la cuestión de *Alabama*, atribuida al conde de Bismarck.

Una carta de Francia dice hablando de la fusión de la familia real:

«La derecha legitimista de la Asamblea nacional ha redactado un programa que se ha de presentar al conde de Chambord, y en la actualidad se están recogiendo firmas. Esta auto tropezará probablemente con algunos inconvenientes. En efecto, un diputado precursor se ha adelantado ya, y ha redactado otro programa más categórico, compuesto tan solo de seis líneas, que ha sido remitido al príncipe, quien, según se cree, contestará aceptándolo. De este modo se conservará la régia iniciativa, y dentro de algunos días se verá en los periódicos un manifiesto. El programa del conde de Chambord inutilizará así el que se está firmando y evitará que se hiera la susceptibilidad de algunos.»

El conde de Chambord está en Bélgica donde firmará el manifiesto. No solamente irán allí a verle muchos diputados realistas, sino también varios del centro izquierdo.

El día en que se dió á luz el último manifiesto era cosa decidida que todos los príncipes de Orleans partiesen para Frohsdorf con objeto de celebrar una reunión de familia. Esta reunión no hubiera sido muy favorable bajo el punto de vista de las disposiciones que animaban á los príncipes de Orleans; estos habían acordado de antemano lo que debían decir, y sus palabras, según

noticias fidedignas, solo podían producir un rompimiento definitivo. El manifiesto aplazó su partida, y bajo este concepto dió un buen resultado; habiendo vuelto los príncipes de Orleans á la expectativa, se ha evitado la excisión que se hubiese verificado en la Asamblea constituyéndose un grupo distinto y abiertamente orleanista.

El conde de París es la vacilación personificada. Se le ha oído decir varias veces lo siguiente: Cuando salgo encuentro un amigo que me dice: «Señor, el porvenir de Francia está en vuestras manos, y para ello basta que vayáis á visitar al conde de Chambord.» Cuando vuelvo á mi casa encuentro otro amigo que me dice: «Señor, la suerte de Francia está en vuestras manos; no vayáis á Frohsdorf.» No sé qué hacer. Al fin me verá obligado á huir á Cannes, á Italia, á cualquier parte para librarme de la política.

Los príncipes de Orleans temen una restauración bonapartista; este peligro les parece gravísimo é inminente, y se estremecen al pensar que van á perder nuevamente sus bienes y regresar á Londres. Estoy persuadido de que este temor bastará para arrojarlos en el momento decisivo en los brazos del conde de Chambord.

Días pasados, el marqués de Franchen, legitimista puro, estando de visita en casa de la condesa de París, cogió en sus brazos á su hijo y le besó derramando lágrimas. La princesa se enteró, y dijo: «¡Ah! el conde de Chambord tiene defensores leales y de gran corazón; nosotros apenas tenemos amigos.»

El duque de Broglie y el duque Decaze, son los dos personajes más recalcitrantes del partido orleanista.

Hé aquí copiada de la *Gaceta de la Alemania del Norte* la carta del Cardenal Antonelli al Obispo de Strasburgo:

ROMA, 3 de Enero.—Ilustrísimo y reverendísimo señor: Respondiendo á la carta dirigida por vuestra grandeza al Padre Santo, con fecha de 28 de Noviembre, me apresuro á haceros saber que no se estima oportuno insistir en las razones alegadas en vuestra carta para resolver los conflictos surgidos en cuanto al nombramiento de párrocos provinciales en atención á que el Concordato de 1801 no tiene valor alguno entre vosotros desde que la Alsacia forma parte del imperio germánico.

Asegurándoos al mismo tiempo que la Santa Sede no dejará nunca, en llegando la ocasión, de tratar de un pacto conveniente con el Gobierno prusiano, tengo el gusto de renovar los sentimientos de mi más distinguida consideración. Firmado: ANTONELLI.—Al señor Obispo de Strasburgo.

Esta carta, cuya autenticidad no tenemos motivo alguno para poner en duda, en nada invalida el telegrama que habíamos publicado ya, y que hoy repetimos:

«ROMA, 12 de Febrero.—La noticia de que el Cardenal Antonelli ha denunciado el Concordato de 1801 en cuanto á la Alsacia y la Lorena es inexacta. Si no obstante, es verdad, como dice *La Gaceta Universal de la Alemania del Norte*, que el Gabinete de Berlín piensa establecer por sí solo las relaciones entre la Iglesia y el Estado en las provincias anexionadas, este será un nuevo acto de violencia cuya responsabilidad solo él debe tener.»

El corresponsal de París de la *Independencia belga*, dice á este periódico que el emperador de Rusia ha felicitado al conde de Chambord por su último manifiesto, especialmente por la parte relativa á la revolución.

El conde de Chambord, según dice hoy *L'Union*, ha fijado por ahora su residencia en Amberes, y no en Gante ni en Malinas, como se había dicho.

Un periódico liberal italiano publica un artículo relativo á D. Amadeo bajo el epígrafe de *El futuro ex-rey de España*.

Dice *La Epoca*:

«Mañana debe recibir la Junta Central carlista la orden relativa á la conducta del partido en las próximas elecciones generales. Susurrase que los carlistas solo lucharán en las Provincias Vascongadas.»

Ya hemos dicho mil veces á nuestros lectores que no deben hacer caso de las noticias carlistas que vean en los periódicos liberales. Oportunamente sabrán la verdad, comunicada por conducto oficial.

Leemos en *El Euzkalduna*:

«Los moderados de aquí andan bastante disgustados con el giro que toman las cosas de su partido. La dirección absoluta la tienen en París donña María Cristina de Borbon y el duque de Rianzares; allí parece que hay formado una especie de ministerio; y que se manda al partido con algún imperio, que aquí agrada poco.»

Buenos andan los alfonsinos. Sin embargo, *La Epoca* daba por resueltas no há muchos días todas las dificultades.

Los periódicos extranjeros publican los siguientes despachos:

BERLIN, 13 de Febrero.—Cámara de los diputados: Pónese á la orden del día la discusión del proyecto de ley sobre inspección de las escuelas. M. Falk, ministro de cultos, declara, que sin duda alguna, el Gobierno se propone conservar los inspectores escolares, individuos del Clero evangélico; porque si en la Iglesia evangélica surgieran conflictos parecidos á los que se han suscitado en el seno de la Iglesia católica, el Gobierno, armado de la ley, la volvería contra el mismo Clero evangélico.

M. Bismarck dice que el Gobierno usará de todos los medios constitucionales para procurar la aceptación de la ley.

En el curso de la discusión por artículos, M. Bismarck insiste en afirmar que él no ha acusado al Clero católico de tomar una actitud antinacional. Que solamente ha manifestado que tales síntomas de tendencias anti-nacionales no han aparecido jamás en las varias gerarquías del Clero francés ó del polaco, como entre los miembros del Clero alemán, que abierta é ilegalmente abusan de su carácter de inspectores de las escuelas para restringir el uso de la lengua alemana en la enseñanza, y que aún, según se puede leer en las ojas clericales bávaras, muestran á los franceses como sus únicos salvadores. M. Bismarck niega la existencia de sentimientos nacionales en muchos individuos del Clero católico, pero dice que son los menos, y ademas amenazados de excomunión.

Todos los artículos del proyecto de ley son sucesivamente aprobados, y en seguida lo es la totalidad por 207 votos contra 155.

LONDRES 13 de Febrero.—Cámara de los Comunes.—Respondiendo á M. Dixon, dice M. Gladstone que el Gobierno no tiene obligación ni facultad de someter á la Cámara las comunicaciones que han mediado entre los Gabinetes de Londres y de Washington, después de la publicación de la Memoria americana.

Respondiendo á M. Hay, M. Sforza dice que las fortificaciones de las islas Bermudas no están aun concluidas.

Cámara de los Lores.—Lord Redesdale pregunta si no podría Inglaterra alegar contra América la

consideración de que desde que el Sur está asociado al Norte, no tiene América derecho á reclamar indemnizaciones por actos ejecutados por el Sur. Lord Granville responde, que cree que todas las fracciones de la Cámara, sin distinción, están de acuerdo en que no es oportuno discutir la cuestión relativa al tratado de Washington. Por lo que hace á la cuestión planteada por lord Redesdale, dice que el Gobierno debe no arriesgar a responder. No sería prudente hablar de cosas que, tal vez son en estos momentos, objeto de examen por parte de los ministros, y á las cuales acaso sea conveniente recurrir más tarde.

Otro individuo de la Cámara da los lóres, lord O'Ranmbro, ataca el tratado de Washington, considerándole poco prudente y contrario al honor y á la dignidad del país. Pide una publicación más extensa y completa de los documentos y correspondencias relativos á la cuestión del *Alabama*. El orador opina que el Gobierno debe confesar que no ha tenido habilidad en este asunto.

Lord Granville se niega á responder. Se limita á decir que conforme al deseo manifestado por la Cámara de los Lores, la memoria inglesa será comunicada al Parlamento.

Lord Malmesbury dice: aunque la Cámara de los lóres se abstenga ahora de discutir el tratado, no dejará de someterle más tarde á una seria deliberación. Lord Malmesbury deplora que no se haya consultado á los diplomáticos más acreditados para la negociación del tratado.

Según dicen de Roma, los ultrajes y burlas que se han hecho á la religión durante el Carnaval han excedido á todo límite: los periódicos vienen llenos de noticias referentes á abusos cometidos especialmente en los teatros. El Gobierno sin embargo nada hace, pide el tiempo exigiendo á los Obispos el *exequatur*, permitiendo á los prefectos que no los reconozcan y procurando atraerse las simpatías de Garibaldi, quien, dicho sea de paso, ha contestado que nada de comun tenía con un *governaccio* que contemporiza con el Papa.

El *Indicador literario* de Munster enumera las principales publicaciones católicas de Alemania. Como periódicos de primer orden figuran algunos de Berlín, Colonia, Maguncia, Breslau, Augsburgo y Bonn.

Los periódicos provinciales y locales, cuya influencia se extiende á cierta distancia, son las de Osnabrück, Munster, Paderborn, Dortmund, Essen, Crefeld, Aix-la-Chapelle, Heidelberg, Spire, Friburg, Munich, Landshut, Passau, Straubing, Ratisbona, Amberg, Bamberg, Würzburg y Aschaffenburg. Todos estos periódicos se publican diariamente, excepto las festividades, ó tres ó cuatro veces por semana. Hay además periódicos locales que se publican una ó dos veces por semana en Braunsberg, Dantzig, Breslau, Magdeburgo, Erfurt, Dresde, Heiligenstadt, Hildesheim, Osnabrück, Vechta, Münster, Dülmen, Bocholt, Düsseldorf, Colonia, Tréveris, Maguncia, Francfort, Ganalgesheim, Spire, Friburg, Ellwangen, Stuttgart, Kempten, Munich, Augsburgo, Ratisbona, Bamberg, Würzburg, etc. Además, Munich, Aix-la-Chapelle, Ratisbona, Würzburg, Maguncia y Friburg, tienen revistas mensuales ó quincenales.

Las asociaciones católicas se propagan mucho en toda Alemania.

Es notable que los maestros prusianos, lo mismo los católicos que los protestantes é irregulares, protesten en masa contra la inspección escolar. No quieren que las escuelas de primera enseñanza pertenezcan al Estado, con exclusión de la Iglesia. La asociación de maestros racionalistas declara categóricamente que el proyecto de ley monopolizando la escuela en provecho del Estado, que quiere hacer de ella un instrumento servil, será la decadencia, la ruina de la enseñanza pública, y llenará de ignominia la profesión de maestro, degradándola al nivel de los subalternos, tales como agentes de policía, aduaneros, etc.

Hemos llegado al momento de la descomposición. *La Tertulia*, cuyo gravísimo artículo de contestación á *La Reforma* conocen ya nuestros lectores, escribe hoy otro con el título de *Un buen rey*, donde, fingiendo un diálogo entre un radical y un republicano, dirige á D. Amadeo por boca del radical palabras tan graves como las siguientes:

«Buen rey lo será, sin duda alguna, aquel que no consulte para regir los destinos del pueblo otro criterio que el de la ley hecha por la representación nacional y sancionada por él, para que sea por todos obedecida; aquel que no se apoye en otra fuerza para ejercer su magistratura que en la fuerza de la opinión, reservando el poder militar para defender la libertad, la honra y la integridad del país; aquel que no tenga en su confianza á los consejeros responsables que hayan perdido la fe de los Cuerpos Colegiados, legítima representación de la soberanía nacional, de donde proceden todos los poderes públicos; aquel que no refrende jamás ningún decreto que viole la ley, ni caya nunca en contra de las legítimas aspiraciones del país, expresadas por sus representantes en la tribuna y en la prensa; aquel, en fin, que tenga presente siempre para todos sus actos, que en el residuo únicamente el poder ejecutivo de la nación, que se ha reservado para sí el poder legislativo, y el derecho de censura contra todos los actos del Gobierno, salvando por lo mismo la responsabilidad del monarca, que no tiene para qué escudarse con su manto las ilegalidades de sus consejeros contra las censuras de la opinión pública.»

Calló el republicano después de las consideraciones expuestas por nuestro amigo; *consideraciones* que quisieramos nosotros para bien de nuestra patria, para el engrandecimiento y felicidad de nuestro país, que forman siempre el criterio de todos los príncipes llamados por la Providencia á regir los destinos de España, que puede ser grande, rica, poderosa, ilustrada y feliz con un buen rey, como lo merecen los españoles por su noble historia y sus altas virtudes.

Excusamos toda reflexión, que nunca diría lo que en sí dicen las líneas que acabamos de copiar. Estamos apercibidos á grandes acontecimientos.

Llamamos la atención de nuestros lectores hacia la carta que ha tenido la bondad de dirigirnos el venerable señor Obispo de la Habana contra los calumniosos asertos del abate Michaud, tan ofensivos al Clero como á los fieles de España.

La vindicación que hace el docto y celoso Prelado de la fe y del honor españoles es tan elocuentemente completa, y pone de relieve un hecho notabilísimo: el de no haberse negado hasta ahora por los rarísimos clérigos que han prevaricado en nuestro país el dog-

ma de la infalibilidad del Sumo Pontífice, cuando sobre materias de fe y de moral se dirige á toda la Iglesia católica.

Damos las gracias al señor Obispo por haber honrado nuestras columnas con tan luminoso escrito.

Las Novedades, consecuente periódico radical desde que dejó de ser montpensierista, se muestra desde hace algunos días tan blando con el Gobierno, que contrasta notablemente con la conducta que siguen sus colegas radicales. Quisiéramos creer que no tiene fundamento el rumor que menciona *El Diario Español* de que aquel periódico se ha pasado al campo ministerial; pero el artículo que en contestación á esto escribe *Las Novedades* con el título *Explicaciones* es tan poco explícito y tan blando, que no ha podido menos de llamarnos la atención. Ni una palabra hay en él contra el Gobierno, ni una protesta de radicalismo, ni una negativa terminante á la insinuación del periódico unionista.

Después de procurar justificar sus anteriores cambios, se limita á decir lo siguiente:

«En cuanto á nuestro ministerialismo, los colegas que de él han hablado están en un error. No hemos sido desde el primer ministerio Serrano partidarios de la conciliación con los conservadores; no lo somos ahora; hemos combatido al Sr. Sagasta porque la paz, le combatimos hoy que esta en ella; le combatimos mañana si la conciliación ó es absorbido por los fronterizos, pero no combatimos ni defendemos personas, sino ideas; queremos contribuir á la conservación de la Constitución vigente, y de la dinastía que las Cortes votaron, aunque la votasen contra nuestra opinión; queremos que se sostengan las instituciones vigentes, porque fuera de ellas no vemos hoy más que la anarquía, y detrás de la anarquía la reacción; y porque deseamos todo esto, queremos contribuir á que se formen los dos grandes partidos que deban turnar en el poder, sin intermedios ni divisiones; y para que se formen, tratamos de romper las uniones de elementos heterogéneos y soldar los elementos homogéneos.»

El *Boletín eclesiástico* de Vitoria publica dos documentos suscritos por el legítimo subdelegado castrense de aquella diócesis, que nos dan alguna luz sobre el objeto de la venida á Madrid de un ayudante de aquel capitán general, venida que anunciamos antes de ayer.

De estos documentos resulta que el señor Pulido y Espinosa ha mandado á Vitoria á un eclesiástico forastero para que se encargue interinamente de la subdelegación; que el verdadero subdelegado, no solo se niega á hacerle entrega del cargo, sino que le ha suspendido de toda clase de licencias, y amenaza de proceder canónicamente contra él.

El subdelegado además ha pedido á la autoridad eclesiástica ordinaria que haga saber al Clero que son nulos todos los actos de jurisdicción del intruso, que no ejecuten ni cumplimenten despachos ni exhortos que no procedan de la legítima autoridad castrense, y por último, que no franqueen las iglesias, ornamentos y vasos sagrados á Sacerdotes que se digan Capellanes castrenses y no tengan licencias del Patriarca y de su legítimo delegado.

De otra comunicación resulta que el señor Patriarca de las Indias ha declarado al representante de Pulido y Espinosa en Vitoria *incursus in la excomunión reservada á Su Santidad*.

Por manera que la cura de almas sujeta á la jurisdicción castrense de la diócesis de Vitoria está encomendada oficialmente por parte de la autoridad temporal á un excomulgado.

Natural es de consiguiente que el capitán general haya querido consultar con el Gobierno lo que ha de hacer en la extraordinaria situación en que ha puesto el cismático Pulido al ejército de aquel distrito militar.

Hé aquí un sabroso sueto de *El Pueblo* en contestación al papel italiano:

«Los poderes que el país ha levantado el país puede derribarlos: en el país reside la soberanía esencial y la fuerza y el derecho para gobernarse como mejor le pareciere, y él falla no sobre una dinastía pasajera y accidental, sino sobre todas las instituciones y todas las formas de Gobierno. No hay otra cosa inmóvil que lo que la nación quiere guardar, que lo que quiere sostener; ¿y quién cree el periódico, aludido que podría mutilar nuestros derechos, mutilar nuestra opinión? ¿Serían acaso los restos de las fragatas de Lissa? ¿Serían los batallones de Custozza?»

Parécenos que *El Pueblo* toma demasiado por lo serio las fanfarronadas italianas. En llegando la ocasión otra conducta aconsejaría á los extranjeros la prudencia.

Según *El Imparcial*, anoche celebraron una reunión en casa del señor duque de la Torre los hombres más importantes de la unión liberal, para fijar los límites hasta donde es prudente llevar la nueva algarada fronteriza.

Por mal que le sepa á *El Norte*, insistimos en que sus amigos están sirviendo de juguete á Sagasta.

Lucidos han quedado los ministeriales en el asunto relativo á la disolución del comité de Castellón.

«Es hasta dónde puede llegar la desfachatez del colega», decía días atrás *La Iberia* á *El Imparcial*, que negaba la noticia.

Y en efecto, la noticia era completamente falsa, como lo prueba un documento que, suscrito por los individuos del comité, publica hoy el diario radical.

Haciendo un paralelo entre la situación gravísima de España y la de Italia, entre el ministerio Sagasta y el ministerio Lanza, ambos representantes de una política semi-conservadora rudamente combatida, *La Tertulia* escribe las siguientes significativas líneas:

«Hoy en Italia, con el ministro Castagnola, se hace lo mismo que aquí se ha hecho con el ministerio Sagasta; sostenidos aquel y éste en el poder á pesar de la censura de las Cámaras. Pero aquí como allí, no pueden ser duraderos Gobiernos mal constituidos; aquí como allí, ó se les arrojará despreciados, ó morirán corrompidos, matando cuanto en su alrededor alienta sus miasmas que infectan. Si no se les arroja, si no se les echa antes de que su putrefacción llegue á corromper toda la atmósfera—¡ay! de lo que vendrá. No está el PAÍS PARA SOPORTAR OBSTINACIONES INSENSATAS.»

La misma *Tertulia* que esto escribe, dice

que unas mismas corrientes conservadoras, determinan la política de España é Italia; es decir, que acusa á la situación de *italianismo*. La acusación no puede ser ni más intencional, ni más grave.

No se confirma que Topete haya presentado la dimisión.

Nótase que los sagastinos lo tratan con consideración, mientras que los fronterizos se muestran muy disgustados de su conducta.

Sin duda creen que Topete no los ha representado ni defendido como debía.

Se dice que la crisis ha sido aplazada para el domingo, en que el comité ministerial celebrará en el Senado una reunión magna, á la cual han sido convocados los ex-senadores y ex-diputados que apoyaban al ministerio.

Aunque los ministeriales cuidan de no decir lo ocurrido en el Consejo de anoche, han dejado traslucir que el Sr. Topete se lamentó de la presión que sobre él ejercen sus amigos.

En dicho Consejo se aplazó la cuestión ministerial. Los ministros no volverán á reunirse hasta mañana, que como sábado, habrá consejo presidido por D. Amadeo, pero solo para despachar los asuntos ordinarios.

Generalmente se cree que en la reunión del comité ministerial, de esta tarde, fronterizos y sagastinos darán una nueva prueba del cariño que respectivamente se profesan.

Parece que comprendiendo el Sr. Sagasta el mal efecto de usar disfraces en cuaremas, está decidido á tirar la careta unionista, y á quedarse con su cara de progresista.

Los emperadores del Brasil han devuelto hoy la visita á D. Amadeo y su señora.

Los fronterizos más ardientes no están por la paz con el ministerio, y quieren que á todo trance Sagasta se haga radical ó unionista.

Los emperadores del Brasil han visitado hoy los museos: mañana ó pasado irán á Toledo y luego á Andalucía.

Segue la crisis y el enardecimiento de los fronterizos. Los sagastinos se muestran temerosos por más que digan que si sale Topete tienen quien le sustituya para seguir una política independiente de los unionistas.

Al fin parece que se han decidido los ministros á celebrar Consejo esta tarde para decidir la cuestión ayer planteada. Nosotros, sin embargo, creemos que no llegará la sangre al río.

En casa de D. Francisco Santa Cruz se han reunido Topete, el duque de la Torre y otros jefes de la unión liberal, sin duda para aleccionar al ministro de Ultramar y marcarle el rumbo que debe seguir. Los Sres. Santa Cruz y Martín Herrera se hallaban presidiendo el comité ministerial, y fueron llamados á toda prisa para asistir á esta otra reunión.

A las seis y media continuaban los unionistas y Topete reunidos. Sigue la marejada.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

De la Agencia Fabra.

PARIS, 14 (recibido con retraso).—El conde de Chambord ha llegado á Amberes, en donde fija su residencia. Recibirá allí á todos los franceses que vayan á visitarle. Anunciase que en breve dará á luz un manifiesto.

NUEVA-YORK, 14.—El *Herald* dice que el presidente Grant no quiere ceder en el asunto del *Alabama*, y que espera que Inglaterra reconocerá su situación actual es insostenible.

LONDRES, 15.—Desmientese la llegada á Londres de la respuesta americana sobre el asunto del *Alabama*. Créese que no se recibirá hasta dentro de tres semanas.

A primera hora se hace el español á 31 1/2.

PARIS, 15.—Esta mañana ha llegado á esta capital el Sr. Montemar, representante de España en Italia, de paso para Madrid.

VERSALES 15 (por la noche).—La Asamblea ha aprobado por 310 votos contra 260 la segunda lectura de una proposición encaminada á que en todos los documentos relativos á los nuevos impuestos se mencione el hecho de que están destinados á atender á los gastos de la guerra contra Prusia declarada por Napoleón III.

AMBERES, 15.—El 3 por 100 español se ha hecho á 31-00.

El portugués, á 38 7/8.

AMSTERDAM, 15.—Han cerrado en la Bolsa: el 3 por 100 español, á 31-70.

El portugués, á 38-95.

LONDRES, 15 (por la noche).—Son prematuras cuantas noticias han circulado sobre la respuesta del Gobierno americano; pues el despacho inglés, cuya contestación se aguarda, no fué enviado á Washington hasta ayer.

En la Bolsa han cerrado: Consolidado inglés, á 92 1/4.

El 3 por 100 francés, á 55 3/4.

El exterior español y nuevo empréstito, á 31 5/8.

BOLSA DEL DIA 16.

Renta perpetua al 3 por 100, publicado, 28-20, 24 y 20; pequeños, 28-20 y 25; á plazo, 28-20 fin cor fir.

Renta perpetua exterior al 3 por 100, publicado, 33-00.

Denda del personal, publicado, 40-50.

Boletines hipotecarios del Banco de España, 2.ª serie, publicado, 100-00.

Obligaciones generales por ferro-carriles, de 2,000 rs., publicado, 53-20.

Idem de Alar á Santander, de 2,000 rs., no publicado, 55-10.

Acciones del Banco de España, no publicado, 170-00 d.

